

Reportaje

Las tareas de la edad adulta: La educación **Pbro. Silvio Marinelli**

Somos los adultos los que podemos facilitar u obstaculizar este proceso, que no se da de una manera automática, sino que requiere un largo proceso de aprendizaje, a través de la observación, la imitación, el “modelaje” y la interiorización de criterios de juicio y de conducta.

El adulto, hombre o mujer, papá o madre, no sólo dan la vida y la cuidan, sino que desarrollan una intensa actividad formativa respecto a los hijos. En el hogar aprendemos –y los padres lo consideran su tarea fundamental- los primeros conocimientos sobre la vida, la cultura, la tradición, lo que es bueno o malo, hermoso o feo, verdadero o falso. Los primeros años de vida de cada niño sientan las bases de su futuro desarrollo. Particular importancia reviste la adquisición de algunas actitudes, que podríamos decir, vamos asimilando junto con la leche materna: la apertura a la vida, la confianza en los demás y en mundo, la capacidad de cumplir con los deberes de una forma responsable y con gozo, la amistad y la capacidad de compartir, el gusto por la belleza representada por el canto, la danza, la creatividad manual, el gusto para el arreglo floral, etc.

Es en particular la madre que en el hogar es la “maestra” y “mediadora” de todas estas experiencias y actitudes. No podemos olvidar, además, la enseñanza –generalmente implícita- sobre cómo debemos comportarnos en las diferentes situaciones sociales: con los amigos, con los parientes, con los extraños, en una fiesta, en un lugar de culto, en un velorio, en la escuela o en el juego, con las personas del mismo y del otro sexo. Se trata de una serie de competencias sociales de primaria importancia y que permiten una adaptación satisfactoria al medio ambiente.

Reflexionemos, por ejemplo, sobre la importancia de saber tomar correctamente un camión, cruzar las calles, comer educadamente, usar el teléfono y demás aparatos domésticos sin dañarlos, cuidar el aseo y la higiene personal, y un etcétera casi infinito. Gran parte de estos “conocimientos” se nos transmiten de una manera informal: aprendemos, observando e imitando; por esto es necesario que los padres representen un modelo positivo y también “alegre”, para que no se conviertan en fuente de frustración.

Hay también otros formadores-adultos, que generalmente intervienen en la socialización secundaria, es decir, cuando el niño empieza a salir de las paredes de su hogar. Se trata de los maestros de la escuela, otras personas dedicadas a la instrucción como catequistas o entrenadores de los diferentes sectores –deporte, música, arte, etc.-. Independientemente de su estatuto jurídico, todas estas personas se revelan muy importantes en el desarrollo completo del niño o adolescente. Posibilitan la adquisición de conocimientos más formales y estructurados; facilitan la asimilación de un protagonismo social que, después, desembocará en el trabajo y la responsabilidad social.

Su importancia es todavía mayor si tenemos en cuenta que en estas etapas de la vida hay la formación de la conciencia: el desarrollo ético con la asimilación de los valores y las creencias que rigen todos los demás sectores de la existencia. Se trata de un proceso que no se manifiesta abiertamente, sin embargo es fundamental para un desarrollo en la libertad y la responsabilidad. Somos los adultos los que podemos facilitar u obstaculizar este proceso,

que no se da de una manera automática, sino que requiere un largo proceso de aprendizaje, a través de la observación, la imitación, el “modelaje” y la interiorización de criterios de juicio y de conducta.

En la niñez y la juventud aprendemos, asimilamos conocimientos, actitudes frente a la vida, comportamientos, maneras de ser, valores y creencias, criterios de juicio y de acción, juicios y estereotipos negativos o prejuicios... Todo esto gracias a la mediación de los padres y de otras figuras educativas.

Si la instrucción y la enseñanza son tarea de adultos que trabajan en instituciones, la educación y la formación se desarrollan dentro y fuera de las instituciones educativas. Se trata, pues, de una tarea de todos los adultos, especialmente en una sociedad y cultura que transmiten muchos mensajes y orientaciones, tal vez discordes o contradictorias a través de los medios de comunicación masiva y los grupos de coetáneos. Quizá sea esta la principal tarea a desarrollar para que las nuevas generaciones puedan encontrar su espacio y derecho de ciudadanía de manera responsable y creativa.